

También la noche es claridad
(1984-2015)

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS
Summa de días

FÉLIX SUÁREZ

También la noche es claridad
(1984-2015)

Textos introductorios

HERNÁN LAVÍN CERDA

Y PORFIRIO HERNÁNDEZ

Foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

También la noche es claridad. (1984-2015)

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Félix Suárez González

ISBN: 978-607-495-450-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/82/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

APROXIMACIÓN A LAS ANTIGUAS Y NUEVAS VISIONES DE FÉLIX SUÁREZ

HERNÁN LAVÍN CERDA

Acepto, qué duda cabe, pero también discrepo: ¿todo lo bueno que hay en el corazón, sí, supongamos que en el corazón del hombre, es hijo del dolor, como pensaba Soren Kierkegaard en alguna epístola a Regine Olsen, aquella joven de 16 años, quien finalmente contrajo matrimonio con Fritz Schlegel en 1847? El dolor amoroso también puede convertirse en un estímulo para la creación no sólo literaria. Fue lo que sucedió con Kierkegaard. En vez de secarse, los impulsos vitales, como por arte de magia bendita, dieron origen a las escrituras de raigambre estética y filosófica, desde aquel surtidor de luz y sombra constituido por el recto y sinuoso arte de la palabra que es capaz de reflexionar y de alumbrarnos, poéticamente, desde las profundidades donde se origina su transcurso. Algo semejante sucede en las entrañas del mundo poético de Félix Suárez.

Entre las páginas del nuevo libro de Félix Suárez todo es antiguo y todo es nuevo. Un poco más de treinta años respirando desde el vientre materno de la Otra Voz, así es, como le gustaba decir a Octavio Paz. Una voz múltiple de fundación o de nuevas visiones cuya principal virtud es iluminarnos por dentro y por fuera. *También la noche es claridad (1984-2015)* se titula esta obra. Esos opuestos alimentándose desde el Génesis ¿o incluso desde antes? Si el arte más o menos impuro de la memoria no

me es infiel, diré con regocijo que la respiración de Félix Suárez, desde el fondo de la escritura, no es más que la proyección de su propia arte poética. No sabe lo que busca, afortunadamente, allá en el principio, pero no se rinde y tampoco interrumpe aquel vuelo tan suyo que va buceando hacia la búsqueda de la esencia de aquellos sentimientos humanos cuya principal virtud, aunque suene a paradoja, es el buceo con rumbo más o menos preciso, vale decir titubeante, iluminando, casi a ciegas, las profundidades donde aún respira la criatura humana, allí donde el todo y la nada parecen a punto de extraviarse en un mar de luz y de sombra, como ocurre en la travesía del amor.

El que vivía en paz descubre a través de la ventana “qué oscuro / y triste / y sin sentido / se va poniendo el mundo”. El niño es amigo de los pájaros, los alimenta como puede, y desde lo alto observa “las disputas que tejían mis tías con grandes voces y manos, como si fuera una madeja hecha de hilos y savias rencorosas, envenenadas”. El poeta se despide y pareciera que no hay más remedio que cultivar el arte de la despedida... Ah, esa diminuta luz con la que el día se despide.

Es el mismo espíritu de otro de los poetas lárnicos esenciales de nuestro idioma: me refiero al maestro y amigo, desde la juventud, Jorge Teillier, sí, aquel del país de nunca jamás, quien ya se exilió para siempre de este mundo de locura ingobernable. Pienso que un texto como el dedicado por Félix Suárez a la memoria del inolvidable Luis Cernuda, podría haber sido escrito o más bien reescrito, sin cambiarle ni una coma, por Teillier, quien admiraba a Cernuda. No me resisto a la tentación de citar íntegramente esos versos tan hermosos que evidencian la grandeza espiritual de su creador. He aquí esa visión inolvidable: “De las amplias potestades del aire, / de las plazuelas en las que tomaba / el sol en el verano, / de los jazmines, sí, / de los

insólitos jazmines, / se aleja el cuerpo ya / —su dolorido cuerpo—, / como el que abandona su casa un día, / con un pájaro desangrado / entre las manos”.

Se va cayendo uno, en su calidad de lector, desde las alturas de la piel hacia las profundidades del alma, paso a paso, sin hacer ruido, como en puntillas. Sépanlo una vez más: Félix Suárez es un auténtico artista de la palabra y, como tal, no tiene remedio, gracias a Dios, por fortuna para quienes lo admiramos y queremos desde el siglo xx, ¿casi desde el xix? Ay, Dios mío, si parece que todo hubiera ocurrido en el siglo pasado, cuando el tiempo se detuvo y nos regaló a este singular artista de la palabra.

En el reino sin monarquía absoluta de lo formal, se advierte un fraseo muy libre, pero sin que desaparezcan las combinaciones sonoras, aun cuando el aspecto visual es evidente. Además de ser una criatura o más bien un animal rítmico de refinado control estético, Félix Suárez tiene la virtud de equilibrar lo antiguo, sí, lo grecolatino con lo moderno o tal vez lo posmoderno. Lo asombroso de este juego es el producto, sí, el vaivén de un alma muy antigua y muy moderna. En el reino sin monarca de la otra voz, por fortuna, en el reino de la poesía, todo es posible en una suerte de tiempo históricamente único, donde todo sucede por primera vez, he ahí la gracia, pero de un modo eterno. En el principio genésico de nuestro mundo que en verdad nunca ha sido nuestro, por fortuna, existió el canto, la expresiva palabra rítmica de los aedas. Vislumbro a Félix Suárez, paso a paso, línea a línea, de verso en verso, caminando y creciendo junto a ellos con una sonrisa más o menos enigmática en los labios.

Uno siempre se repite y Cayo Valerio Lavín Cerdus, alias Vuestro Inseguro Servidor, quien tampoco puede huir de las visiones más antiguas y, tal vez por ello, más modernas o contemporáneas, se congratula por haber tenido la suerte de observar

bajo el asombro de la lupa, esas escrituras tan antiguas y tan modernas o posmodernas, aun cuando no sepamos muy bien dónde empieza y dónde acaba lo clásico y lo moderno. Ciertamente que en el reino del arte coexisten y se alumbran o alimentan entre sí todos los tiempos. Catulo convive con Jaime Sabines o con alguno de los Neruda, no hay sólo uno, o incluso con Nicanor Parra, quien por cierto ha preferido irse del brazo del habla popular y no del soplo romántico-modernista.

Ahora estoy a punto de hundirme para siempre en los brazos de Clodia, a quien le diría que el maestro de maestros don Rubén Bonifaz Nuño también tuvo sus aproximaciones a la dulce Clodia de los tiempos antiguos. Ay, Clodia, la primera y tal vez la última, ¿seguirás quemándote por dentro con un calor de yegua que relincha en tus entrañas? Cómo hubiese disfrutado de estas líneas el inolvidable Gonzalo Rojas. Y también Ernesto Cardenal, a su modo, sobre todo en sus inicios muy cercanos a Catulo, a Marcial y a Propertio. Lo repito una vez más, puesto que uno viene también al mundo con la música de las repeticiones cadenciosas a partir del primer soplo, el de los orígenes. Voy, entonces, ¿nos vamos o nos quedamos a la antigua, pero sin olvidarnos de darle una nueva vuelta de tuerca a la antigüedad grecolatina que nos acompaña por encima o por debajo del mundo, más allá de los mares que finalmente son el mismo mar? Voy, entonces, ¿nos vamos a latigazos abruptos, aunque no mucho, pero hermosísimos, apoyándonos en la luz, la media luz serena, aunque también convulsa, de nuestro viejo y siempre nuevo poeta latino en sus alumbramientos? Me refiero una vez más a ese artista de nuestro idioma que llegó por conquista y se quedó para siempre entre nosotros, quien recibe el nombre de Félix Suárez desde antes de venir a este mundo de gran belleza y también —por qué no decirlo— de locura ingobernable que parece infinita.

Cómo negar que nos atraen y me dan miedo estas líneas convulsas que pertenecen al texto “Sísifo”: “Piensa en su vida: nada que salvar; / se hunde su casa”. Y poco después, ya en el final de ese texto: “Cierra los ojos un instante, / los abre una vez más cuando vislumbra ahí / —ahorcada en un gemido— / la súbita inminencia del derrumbe”. Premonitorio el texto del poeta Félix Suárez, como suele ocurrir en el ámbito de la otra voz, aquella que surge visionariamente desde las profundidades. Así funciona el quehacer poético desde los tiempos más antiguos: vi-sio-na-ria-men-te. Hablamos de esto y apenas lo decimos, aparece lo otro. Un flujo de luz palpitante. Se genera entonces esa nueva realidad coloidal que pertenece al reino sin monarca de la poesía, allí donde la criatura humana, luego de bucear en lo profundo, sale a flote, sí, emerge milagrosamente desde las pulsiones de sí misma. El primer sorprendido es el hacedor, para decirlo al modo de Jorge Luis Borges. El primero, aunque no el último. Lo que debiera venir enseguida es el milagro de los coautores, es decir, aquellos lectores con los cuales se completa el círculo o más bien el milagro de la creación estética. Todo lector activo es, a su modo, un coautor que no deja de dialogar con las escrituras que habitan ese lugar profano y sagrado que es el poema: un nuevo ser que aparece junto a nuestros ojos y nos invita a seguir el camino de las escrituras que son tan antiguas y tan nuevas, simultáneamente. El hablante o sujeto de estas escrituras se multiplica de un modo helénico; pero es la antigua Grecia la que emerge entre varios de sus personajes cuyo propósito es no ocultar el paso del tiempo que todo lo corrompe. No obstante, pareciera que tampoco es posible enfrentar con buena fortuna el poder omnímodo del tiempo. Pueden cambiar los nombres de los personajes recreados por un poeta de México en el siglo XXI, quien pudo haber nacido hoy, pero que gracias al toque mágico de la poesía es contemporáneo,

a su modo, de aquellos griegos que renacen y no dejan de renacer en las escrituras de Félix Suárez. Lo más probable es que el desliz pendular de los tiempos no se interrumpa a lo largo y a lo ancho de esta obra singular. Dice el poeta: “Mi cara de hoy, mi cara de antes. // De aquel hoy y de aquel antes / que ya no existen”.

Quiero insistir en un punto nodal: el poeta mexicano se aprovecha, en el buen sentido del término, de la antigüedad del mundo helénico para tocar las orillas de nuestro presente. Y ¿qué vemos allí, a través de un vaivén sinuoso y envolvente? Nada más y nada menos que la fragilidad humana por dentro y por fuera. El deterioro corporal no se interrumpe. Es ley de vida, como se dice. No son pocos los artistas que han profundizado en esta misma vertiente, aun cuando no sea a través del arte de la poesía. Pienso de inmediato en el pintor Francis Bacon, así como en el filósofo no escolástico Emil Cioran, o en el dramaturgo Eugene Ionesco. Félix Suárez se grecolatiniza, se vuelve muy antiguo, pero a partir del hoy que no es más que un puente en sus escrituras. ¿Y cuál es la realidad que emerge de las aguas y sale a flote, verso a verso? Nada más y nada menos que la condición humana en su apogeo y decadencia. ¿Nostalgia, entonces, de lo que pudimos haber sido? No me resisto a la tentación de transcribir en su totalidad el poema “Vanitas”: “Que Sulcio, el asqueroso hijo del tribuno, / se beba mis impuestos en mi cara; / que Rufo suelte flatos cuando engulle, / o que la oscura Servia, de córvidas pezuñas, / me abrace falsa y obsequiosa, / deseándome la muerte. // Aun eso, Lyvia, lo llevo / con esfuerzo y disimulo razonables. // Pero que el gordo Antipa te pretenda, / que el gordo Antipa te envíe flores / y azúcar y manteca de su establo, / eso, ardiente mía, / no lo permita Dios, no lo tolere, / porque tampoco lo soporta, ay, mi corazón”.

Poco después se nos aparece con una pregunta existencial que estaría y tal vez está palpitando en alguna obra del inolvidable Albert Camus, y no sólo de Camus. Son las preguntas de siempre, las del origen, que van y vienen por nuestro mundo que nunca ha sido nuestro, ¿por fortuna? Suárez escribe: “Pero, ¿dónde está? // ¿Cuál es la salida? // Nada entiende esta mano / que busca a tientas, ciega de sí misma. / Sin respuestas”. Y poco después: “Escribo diariamente con el dolor auestas, a ratos, entre un informe y otro”, según confiesa en labios de Leoncio, el escribano, el sujeto textual y múltiple a lo largo del libro. Félix Suárez es y no es, multiplicándose desde aquella antigüedad grecolatina. Admiro su capacidad de ejercer el arte de la metamorfosis en cuerpo y alma. Buscando aquel espíritu de la antigua latinidad, de verso a verso, Suárez no hace más que proyectar en sus lectores la fugacidad de la vida humana y no sólo humana. Su escritura es la que habla para decirnos “tarde o temprano, Flavia, hermosa mía, / sabremos del dolor de huesos afligidos, / del polvo y la ceniza incontinente de la edad, / de la ardua tos de asfixia, / del súbito derrumbe / que ocurre cualquier día, por última ocasión, / con un estrépito callado de palomas”. ¿Cuál es la salida, entonces, dónde está?, se pregunta el hablante que adopta varios nombres de la Grecia antigua.

Por eso, Félix Suárez es un poeta, un hacedor de visiones, como hubiese dicho Borges, una especie de visionario transgeográfico y poéticamente muy lábil. El sujeto textual va multiplicándose a través de la técnica del desdoblamiento. “Yo es otro”, siempre fue y será otro, como hubiese dicho una vez Arthur Rimbaud. Ahora, sin saber cómo y por arte de magia, como funciona la creación poética, se nos aparece durante el sueño, casi, a punto de deslizarnos hacia el sueño nuestro de cada día, el poema “Don Trini”: un texto notable con algunos ecos de

César Vallejo y Jaime Sabines, por fortuna. Todos somos discípulos y maestros o aprendices de maestros, simultáneamente. Pablo Neruda nos dijo alguna vez, no muy lejos de Isla Negra, allá en la costa de Chile, que todos tenemos el privilegio de ser discípulos y maestros, simultáneamente: “Todos nos prestamos los instrumentos con los cuales le damos vida a la vida, es decir al sombrío, milenario y luminoso Arte de la Palabra”.

Y qué decir del notable cierre o broche de oro del poema “Gorrión”. Apareció en el aire, febril, a la manera de un disparo, como nos lo dice el hablante: “Y en ese instante atroz, / en descampado, / lo devastó un suspiro”. Para decirlo coloquialmente: derecha la flecha al pecho. Vamos de sorpresa en sorpresa, y sabemos muy bien que en el reino sin monarca del Arte de la Palabra todo es posible, sí, sobre todo el deslumbramiento de lo inaugural. El abrazo une a los amantes, aquellos amorosos de ayer y de siempre, puesto que se detiene el tiempo en aquella fugacidad de la cumbre amorosa. Y de súbito, como a través de un latigazo, la crudísima realidad real de cada día. Así lo dice el hablante o sujeto de la escritura: “Cómo guardarte aquí, / secreta y mía. / A salvo. / En esta tierra incierta, sin más ley, / donde todos cuidamos / celosamente / lo robado”.

Ramón López Velarde aparece por allí, paso a paso, tal vez inmóvil, aunque su adjetivación a veces insólita nos deslumbra, y el sujeto de las escrituras amorosas y desamorosas va cayéndose desde la piel al alma. En el libro *Pelears*, de 1988, la crisis del amor acosado por la rutina más o menos sinuosa, se precipita ya sin reposo. El hablante o sujeto textual se confiesa aquí en privado y en público a través de un tono a menudo implacable: “Mejor así: quemarlo todo de una vez, / quemar las naves y los remos. // Y regresar después —así es la guerra—, / cada quien por su lado y como pueda”. El proceso sigue su curso y la caída

no se interrumpe. Como puede verse, se debilita en caída libre el amor, y el desamor, entonces, de tumbo en tumbo, va extendiéndose como una telaraña, mientras los hablantes o los sujetos de la escritura siguen buscando a tientas, desconsoladamente, una tabla de salvación que no sea la cara oculta de la orfandad.

Y finalmente la aparición de Sísifo, aquel hijo de Eolo y rey de Corinto, condenado a subir eternamente una piedra enorme hasta la cima de una montaña, desde donde volvía a caer sin principio y sin fin, secularmente. Sísifo y esa “herida que sonrío de horror / mientras medita. // Y otra vez el mismo andar. // La misma cantilena de mis actos, / un ir y venir tras de la piedra, / tras el esfuerzo que derrapa, insostenible, / en el penúltimo escalafón. // Subir para caer de nuevo, / y nada es cierto, / sólo la vívida conciencia del retorno, / la sed que te levanta, / a media noche, / trémulo de ardor, / como una mano de raíces hasta el cielo”. Y entonces, sólo entonces, empezar a subir de nuevo y sin rumbo fijo, puesto que así fue escrito por la invisible mano de Dios en las alturas donde tal vez no habita nadie, ¿pero con los ojos muy abiertos?

Como el lector puede ver, o más bien trasver, cayéndose desde las alturas de la piel hacia el asombro del espíritu, Félix Suárez no tiene remedio, pero en el buen sentido del no tener, es decir, en el sentido luminoso, y todo lo va transfigurando hasta convertirlo, al fin, en el Arte de la Palabra. Lo que viene después es el misterioso fenómeno de la reescritura, pero dicho milagro corresponde a los lectores. Cada uno de ellos reescribirá a su modo *También la noche es claridad*, mientras vayan leyendo las páginas de este libro en voz alta, a media voz o en voz baja, aunque ya sabemos que la voz baja puede ser aún más alta que el concierto de aquellos astros en la infinita bóveda del cielo.

UNA BRIZNA DE NIEVE

PORFIRIO HERNÁNDEZ

Los japoneses usan la palabra *kokoro* para referirse a esa mezcla de corazón y mente, sensación y pensamiento en vaivén de uno a otro extremos del corazón, entre el sentir y el pensar, sin fundirse plenamente. Esa constancia del vocablo ha persistido en el tiempo y se muestra a plenitud en la poesía; por ejemplo, en el siguiente *haiku* de Kobayashi Issa, compuesto en los últimos años del siglo XVIII y vertido a nuestro idioma por Tsutomu Takagi y Alberto Manzano: “Para el corazón / que no duda, / las blancas flores del ciruelo”.

Parte de la fascinación de Occidente por la literatura oriental se debe tanto a esas cualidades lingüísticas como a la ausencia de etnocentrismo y a la anulación de las categorías del tiempo: el ser humano resume la historia de todos los seres humanos; por lo tanto, las circunstancias de cada uno son irrelevantes ante la naturaleza del poema... que contiene todos los poemas; pasado y presente, antigüedad y modernidad en nada se distinguen si queremos observar en perspectiva el paso de la humanidad sobre la Tierra.

Esa visión trascendentalista está presente en la poesía de Félix Suárez; hablar de su obra es dedicar una mirada a la literatura más depurada escrita en México. Desde muy joven fue un lector acucioso, detallista, que no buscaba el saber enciclopédico

sino la comprensión del filamento íntimo de un poema, la arquitectura interior de una novela, el ritmo de enunciación de un ensayista... leer a otros se convirtió en la vía de aprendizaje de una escritura breve y unitaria, cualidades destacables de su tentativa poética, de ahí su continua referencia a otros poetas y voces del arte inscritos en su obra con la función de ser motivos, símbolos y asociaciones...

Si hemos de resumir en pocas palabras nuestra impresión de la lectura de seis títulos y obra inédita reunidos ahora en este volumen, podemos elegir una imagen: la brizna de nieve cayendo en el páramo, muy alejada de la prisa de la arena que se apura a vaciarse en la breve hora del reloj y de la vida; y más: diminutas en el gran océano literario de nuestro idioma natal, se distinguen por la parsimonia de una y la inmediatez primaria de la otra. Sin peso aparente, la brizna de nieve se deposita en nuestra realidad luego de haber hecho un recorrido a capricho del viento, a voluntad del aire, para posarse delicadamente en la fría tierra; de sumarle temperatura a esa brizna, dejaría ya de ser de nieve, para convertirse en piedra ardiente, dada la contundencia de sus temas y formas.

El fuego de la poesía de Félix Suárez comenzó a revelar su fuerza desde su primer libro, *La mordedura del caimán*, y se consolida paso a paso en toda su obra, luego de recorrer un camino de iniciación en la Biblia y los epigramas de la lírica helenística, siempre impregnada por una incansable recurrencia a la pasión erótica y al reconocimiento del amor; ambos, signos de una ecuación resuelta en su estilo, de versos cortos y lapidarios, de remates precisos, con ese peculiar uso de la metáfora, con ese sabor a bolero de sus poemas, con ese desgarramiento de sus versos ambientado en el intimismo de la cotidianidad, para describir ese instante. Cuántas veces sus

poemas adquieren la visión del *haiku*: la imagen que se presenta en la mente es lo primero. Como en el poema de Issa, traducido por Juan Malpartida: “Para el mosquito / también la noche es larga, / larga y sola”, que se corresponde con los versos de Félix Suárez: A solas / con mi corazón / estuve, / en medio / de la noche inmensa”.

Con la vivacidad del que inquiera —pues en ello encuentra el sentido de su existencia—, aquí la enunciación lírica es aguda observación de lo trascendente en el tiempo mismo de su realización; el poema es una estampa del universo circundante y de nuestro lugar en ese espacio infinito. El momento del poema resume, pues, todos los momentos de la existencia humana; su drama, anunciado desde el título mismo de esta antología, es también el nuestro.

La contundencia de la obra de Félix Suárez se debe en mucho a sus bien procesadas influencias, convertidas en fructífero diálogo de pares, desde los poetas latinos hasta Luis Cernuda y Rubén Bonifaz Nuño, pasando por la sabiduría de la canción popular; la claridad de sus poemas es expresión de su conciencia de la tradición literaria y, por supuesto, a su filiación incondicional a la palabra justa y creadora al mismo tiempo. *También la noche es claridad* lo confirma: he aquí a un poeta que afianza la voz y nos comparte sus hallazgos.

También la noche es claridad
(1984-2015)

Para don Chava y doña Soco, mis padres

Para Helena, Sarah y Constanza, mis hijas

También la noche es claridad.

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

Tú sabes que la tristeza es una nostalgia
del cielo y que todo lo bueno que hay en
el corazón del hombre es hijo del dolor.

S.A. KIERKEGAARD. *Cartas a Regina Olsen*

Poemas recientes

EL POZO

Estábamos ahí de pronto sin pedirlo:
frente al pozo.

Asomados
con miedo al ojo quieto de la noche.

Ardía el olor a tierra húmeda
y un cuchillo de luz temblaba
allá en el fondo,
como sobre la piel acuosa de un animal.

Era de verse aquello, mi Dios:
el alma que tú me has dado,
temblando como una hoja indócil frente al destino.

SEÑALES

Soy sólo un hombre, por eso necesito señales visibles.

CZESLAW MILOSZ

¿Ahí estuvieron siempre
las bíblicas señales para seguirlas?

Digo, ¿frente a mí, en mi frente,
 ardiendo
como otoñales zarzas en medio de la luz?

¿O cuándo fue, en qué momento
cerré los ojos,
los sentidos,
para sellar con fuego la desgracia?

Sí, yo adentraba
la mano
en la oscuridad.

Tanteando.

Como por entre los ojos
sosegados
de un caballo muerto.

Y el que vivía en paz,
en lícita coyunda con la vida,
un día descubre ahí,
asomado a la ventana,
qué oscuro
y triste
y sin sentido
se va poniendo el mundo.

ESTANCIAS

El viento barre un patio desolado.

Rasga la piel
el ruido de las hojas muertas.

Yo estoy ahí, al fondo
—niño aún—

En la jurisdicción del llanto.

VERANO

Arde el mediodía
de vocinglera miel.

Y en sus notas últimas
la tarde al fondo
me pronuncia:
niño, hombre cansado.

Estremecida nube que pasa.

EL PIRUL

Pesa desde el interior de las ortigas la lenta savia triste de la cólera. Tras la rijosa planta se alza junto al muro la sombra hierática y nocturna del pirul.

Desde sus ramas caen minúsculos corazones resecos.

De niño subía yo hasta lo más alto, hasta los brotes más esbeltos, donde era ya invencible y el mundo parecía un ridículo escenario, con grotescas miniaturas de trapo.

No tengo memoria clara de eso. Yo cortaba las frutillas de reseca sangre para los pájaros, y miraba desde lo alto las disputas que tejían mis tías con grandes voces y manos, como si fuera una madeja hecha de hilos y savias rencorosas, envenenadas.

No he vuelto a subir a ese árbol (ni a ningún otro). Imagino en todo caso que desciendo cada día por él. Cada día un poco más. En dirección de sus raíces.

SPOON RIVER

A solas
con mi corazón
estuve,
en medio
de la noche inmensa.

POEMAS PARA UN CUERPO

A la memoria de Luis Cernuda

I

De las amplias potestades del aire,
de las plazuelas en las que tomaba
el sol en el verano,
de los jazmines, sí,
de los insólitos jazmines,
se aleja el cuerpo ya
 —su dolorido cuerpo—,
como el que abandona su casa un día,
con un pájaro desangrado
entre las manos.

II

La hemos llevado al atardecer
por la ciudad.

Desde el auto
sus ojos son los de un viajero
que mira por última vez,
 con calma
—con tibia y desolada calma—,
las plazas,
los puentes,
las calles.

La diminuta luz
con la que el día se despide.

De
El amor incluso
(2011)

Todo lo que hacemos en la vida, el amor
incluso, lo hacemos en el expreso que
corre hacia la muerte.

JEAN COCTEAU

No entres de repente
a mi cuarto.
Verás a un mudo
y atado
testigo del amor
al que vence la muerte.

TADEUSZ RÓZEWICZ

En los dulcÍsimos misterios

ABRASADOS

Arden con piel y huesos
sobre el pabilo trémulo del día.

Las manos y los muslos enlazados,
las bocas ávidas,
 convulsas.

Saben que luego de la inmensa llama,
luego del fuego que los hierne
y los alumbra, un día,
 amargos,
se llenarán de frío.

SEMÁNTICA Y COCINA

¿El lenguaje es preciso en todo momento?

Si quiero pedir pan, pues pido pan;

si vino,

pues vino entonces.

Pero el amor, me digo, cómo lo pido.

Porque pedir amor, ¿no es de algún modo

rogarlo, mendigarlo?

Y el amor,

sabemos, no se ruega, no se pide,

como podría pedirse en todo caso

un buen corte de carne o una copa de burdeos.

Es gracia, ofrenda.

Derramada miel sobre tus heridas.

SEPTIEMBRE

Que sea harina de huesos triturados.
Polvo de alas y flores secas.

Que no halle yo el camino a Casa
y mis pasos se pierdan en el charco
de la noche,
si de ti me olvido, Jerusalén.

Lo dije así (o de algún modo semejante),
y encarecí el reborde
y el tibio caracol de sus orejas.

Ella, a cambio, al mediar septiembre,
me deslizó en silencio entre sus muslos
y me inició

—callando—

en los dulcísimos misterios de su carne.

MESA DE NOCHE

Mientras me alojo suavemente en tus entrañas,
con los ojos cerrados lo comprendo:
todo lo que hacemos los hombres, todas nuestras furias
y batallas,
tienen acaso un mismo propósito al final:
volver al cuerpo amado,
yacer un día más sin prisa,
humildemente,
en su interior.

TESTIGOS

La tarde es un tizón ardiente. Encandecido.

Las tórtolas salpican quejumbrosas
con insistencia.

Las tórtolas, una a una.

Tú y yo nos hemos resguardado
bajo el alero.

Tú y yo.

Mientras pasa,
dorada y contundente,
la procesión del sol.

RETRATO

Ahí están,
agazapados,
mudos,
recogidos sobre sí mismos,

mirando desde el fondo
incierto de su duelo,

los ojos suyos tristes.
Tan amados.

EL MAR

Puedes volver al sueño
y soñar otra vez que estaba ahí.

Que había una mujer tristísima a tu lado,
que iba y venía
de puntas por tu vida.

Sin descansar. Sin agotarse.

Infinita siempre. Como el mar.

Recomenzando.

INTERIORES

... en el cielo
de su preñez.

GONZALO ROJAS

I

Estoy en ti como una roja arteria
colocada en el linde de tu vientre;
ligado sin remedio ya
a tu corazón.

Afuera las estrellas arden diminutas,
como estancias que se quedaron
encendidas un poco más.

Pero en ti el cielo es líquido,
cóncavo y oscuro
hasta el amanecer.

II

Crezco en la dulcísima misericordia de tu sexo;
en el higo nocturno y bermejo
de tu interior.

Ahí están de nuevo, aún más al fondo,
mis ojos de mirar, mis manos,
mi corazón, mi boca tuya,
latiendo otra vez.

Sin prisa. Sin destino aún.

Otra vez.

Como al principio.

LA HISTORIA MÁS CONTADA

Era el ruego de la mano fluente
sobre la mano suya,
y el golpe de mil puertas
confusas, azotadas desde el cielo.

La plegaria incesante que iba
y venía
e inundaba de lirios
los abrevaderos nocturnos:
Quédate. No te vayas.

Y el mugido final,
el alarido de dos bestias
acuchilladas
al rayar el alba.

AL PIE DE LAS MURALLAS

Nos detuvimos a besarnos frente a los restos de un mercado antiguo. No era a las puertas de Cartago, la Opulenta, que se abrían a diario para deslumbrar al mundo. Ni en los hervores húmedos de Bali, entre el agobio de los monos y el despropósito abusivo de las ceibas.

Pero me hablaste ahí de tu marido y del joven artista que te llevó entre El Cairo y te pintó desnuda, y de Corinto y Nápoles, y de su hostel de fiebre.

Esa tarde debí haber muerto al pie de las murallas frigias, o abandonarme ya sin armas, a la piedad masiva de mis ojos.

Pero sólo vi el último rayo de luz sobre tu cara y una nube de sangre, altísima, que destelló un instante y se ocultó enseguida, ardiendo, tras la roja humareda que desató la noche.

GRUTAS

Como anegarse entero
en tibias babas de resentimiento.

Eso era el amor cansado,
marchito.

La obligación de yertas madre selvas,
y el sapo blando de la injuria,
como una negra pústula, con vida propia,
latiendo exacto,
al lado ciego del corazón.

PARTE DE GUERRA

Y yo,
al otro lado de mi corazón,
entre una latitud de reinos
y dioses abolidos,
 oía de noche,
 oía muriendo,
la lucha inútil,
el combate ya perdido
de los ángeles del cielo.

SUEÑO

... los alados caminos del sueño.

ESQUILO

Había venido el águila de Dios
para arrojarnos de la tierra.

Pero tus manos se volvieron cálidas,
piadosas,
como dos seguros y afelpados
guantes sobre mi cara.

Luego llegó hasta ahí un viento como de espigas,
y los que eran nuestros amigos
ya no fueron,
y mis hijas se arrodillaron trémulas
en la desgracia.

Tú dijiste entonces que te ibas,
que te ibas

a no sé dónde, por no sé cuánto,
con un sombrero triste
y el sol a tus espaldas.

DESTREZAS

Desde el fondo anegado de otro cuerpo
reconozco el imperio de sus manos
en mi vida:

 es la rienda invisible
que guía al caballo, paso a paso,
hasta su cuadra.

ANTONIETA

Cuando Antonieta salió a mirar el mundo,
yo marcaba en un globo terráqueo
todos los sitios, trenes
y aeropuertos
en que andarían sus ojos.

Me despertaba el estruendo altísimo de los aviones
y solía mirar rumbo al trabajo,
muy de mañana,
las ráfagas de humo blanco
de los 747
emborrascando el cielo.

CIELO DE LOS AUSENTES

Entre el rojo iridiscente
y el morado,

la desolación mortal
de los geranios.

RECONVENIR

No es verdad que venga el agua
a llorar a los muertos de la tierra:

baja una y otra vez
—llamarada fría—
sobre el palio insensato
de nuestras cabezas.

Sobre la brasa ardiente
de nuestros corazones.

MITOLÓGICAS

Aprendí
a relacionarme con tu sexo,
como con una cara.

YEHUDA AMIJÁI

Parlamentar igual que Edipo con voz de sabio
—con los más suaves dientes y la lengua nítida—
en los más puros interiores,
entre los légamos dormidos
y los peces que nadan, ciegos,
al bordear al noche.

Y repetir ahí entonces,
repetir las húmedas palabras nunca dichas,
siempre iguales.

Hablar,
hasta que alumbren las parvadas en los ojos
y salga a las ventanas para arder
—suicida—
el clamoroso grito de la Esfinge.

PIZZICATO

Qué regocijos y alborozos.

Qué lúbricos nos damos.

Tú, tensa y afinada cuerda de violín.

Yo, alegre *pizzicato*.

Alegre yo de mí. De mí en ti.

De ti que vuelves a ti

de ti misma,

enlunecida, plena.

De mí otra vez. Otra vez.

De ti y de mí.

De mí en ti.

Cayendo —ay— de mí mismo.

Desde mí.

De mi mismísima ternura.

EL DÍA DE LA RESURRECCIÓN

Ese día, amada,
sobre el umbroso Valle de Josafat,
no despertaremos
tampoco juntos.

Ni volveré a mirar como hoy,
en otros días,
el primer rayo de luz sobre tu cara.

Nada
—está escrito—
nos volverá a la dicha.

ADÁN

Recordé cuando me dormía abrazado
a ti,
a tu espalda,
y tocaba en la serenidad
tus pechos,
tu vientre,
y la noche se anillaba a nuestros cuerpos,
como una piel caliente,
escamosa,
encandecida de presagios.

De
Legiones
(2004)

No es verdadero este cuento: ni viajaste
en las naves de buenos bancos ni llegaste
a los palacios de Troya.

ESTESÍCORO

Y le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?”.
Y él dijo: “Legión es mi nombre, porque
somos muchos”.

SAN MARCOS, 5, 9

ALCÍBADES

Alcíbades, señor de soga y cuchillo,
temido y repudiado por legiones y capitanes de toda Roma.

En otro tiempo, su palabra y su valor
inspiraron nuestras vidas.

Nadie en toda Roma apostó por tanto.
Nadie en toda Roma tuvo tal rectitud.

Por eso, los esclavos y libertos de oscura piel,
los jóvenes tracios, los rubios extranjeros de allende el mar,
lo seguimos, embrazando a su lado los escudos.

Desde los viejos tiempos del poderoso Aníbal
nadie tuvo a Roma entera en lo ancho de su mano.

Nube de tábanos fue, azote de langostas;
dolor de parturienta fue para la ciudad.

Ésa es su historia de vigor.

Ahora, manco, envejecido y ciego,
Alcíbades Carpacio,
general de libertos y hombres libres,
a cambio de su espada y su coraje,
ha aceptado la infame protección del César y el Senado.

Y hoy, camino a casa —dolor para sus canas y las mías—,
en medio de una ronda de bufones y horribles cortesanos,
lo he visto entreteniendo con la panza
a la vulgar querida del tribuno.

FLAVIA

Cuánta hermosura y majestad las tuyas, Flavia.

Qué alegre regocijo aún
el de tus pechos: dos torcazas
se me parecen parloteando,
llamando y repeliéndose para el amor.

Ni los propios caballos enjaezados,
ni toda la noble armada del mismísimo
César se les comparan.

Qué pena entonces cuando miro el cielo
y veo la noche tan cercana ya.

Tan cerrada, tan densa.

Y restallando.

BUCÓLICAS

Caen de todas partes del árbol,
no los tibios restos del día:
las hojas
del feroz aguacero.

Me tiendo un poco ahí,
me paro un poco ahí
a descansar de mi fatiga.

Y ahí estamos,
ellas y yo,
hojas y huesos vencidos por igual.

Ellas y yo
—la misma rama, el mismo treno—,
rodando iguales por la oscura tierra.

HISTORIAS ROMANAS I

Pobre Lucilo: piensa que mostrando
aquí y allá lo más granado, lo mejor
de sus mostrencos versos;
que publicando aquí y allá todo cuanto pueda
alcanzará algún día —se lo han dicho—
un lucrativo puesto en el Senado,
una importante satrapía en Tebas
o el lauro de un puestecito, al menos,
entre los disputados cargos de Roma.

Por eso insiste el obcecado,
sin rastro alguno de vergüenza, sin asomo de pudor:
sabe —lo intuye de algún modo el insensato—
que aun para eso alcanza,
que aun para eso alcanza y da *la ramera poesía*.

LIDIA

Demórate,
hermosa Lidia.

Demórate
en ese gesto suave
y tuyo
con que desnudas
tus caderas.

LARES

Ésta era la casa: allá crecía el ganado y las vacadas tiernas de leche; más al fondo había un granero, repleto y tibio, abierto siempre para abastecer la mesa y los espléndidos banquetes. Y justo aquí, en el umbral, el altar doméstico de nuestros lares, los celosos guardianes, los ingratos y terribles protectores.

Un día de pronto se marcharon, y las ubres del ganado se partieron, se cubrió de sal y de ceniza el campo. No oí a mi padre nunca más cantar, ni a mi madre la volví a mirar cepillándose la oscura trenza.

Una nube de cuervos ensombreció de pronto los tejados. La más dura piedra se volvió caliza y azogue tormentoso el insumiso estanque.

Ésta era la casa. Hoy es un largo y silencioso gemido que me ahoga.

RUFILO EN SU DIARIO

Yo, Rufilo, hijo de Liciano y Cleis,
he venido a esta tierra extranjera
en razón de mi edad,
recomendado
por Sulcio Agripa el Cónsul.

He venido hasta aquí por una satrapía.

Pero estos bárbaros no saben quién es Agripa,
no entienden la poesía,
y mis pobres versos, tan dulces, tan tiernos,
alimentan los chistes de Amiaco y Siliano,
los horribles cafeinómanos del lugar.

FLAVIO Y LA DESESPERANZA

Espera aún lo peor, Flavio.

¿Acaso un día —un instante acaso—
te ha convencido de lo contrario?

No hay nada.

Mira a tu alrededor: allí está
el cielo de enfangada transparencia,
el luto por los que aún habremos de perder,
la feroz emboscada de amigos y contrarios:
la guarida siniestra que son siempre los demás.

¿En dónde estuvo, entonces, la mentira,
la estafa?

¿En qué oquedad de tu alma
depositaron la semilla del deseo y la luz?

¿Con qué oprobiosa leche te mintieron
y alimentaron imposibles años por venir?

No hay nada.

Te lo dice

el día que se amustia sin remedio,

la bella que se esfuma a cada instante en tu muchacha.

No hay nada.

Espera, en definitiva, aún lo peor.

APOLONIO EL VIEJO

Tirado sobre el frío pasto de la noche,
he visto aparecer hace un momento
—inesperada—
la solitaria lumbre del primer lucero.

He imaginado entonces allá,
en lo oscuro,
gestándose por cientos,
por miles de millones de imposibles años,
el nacimiento y muerte de otras pálidas estrellas.

El universo a pausas, dilatándose, respirando,
como la tibia piel de un animal nocturno.

He meditado en eso, yo, Apolonio,
mientras sentía el húmedo pasto de la noche.

Yo que aún corro y voy y vengo, agitado,
lleno de pavor y prisa,
para llegar a tiempo a todas partes.

PÁJARO CON MUCHACHA

Mientras mi lengua iba y venía
y se anudaba entre la lengua suya,
he creído sentir
de pronto,
justo a la mitad
de sus rotundos pechos,
el aleteo de un pájaro asustado
queriéndose matar contra su jaula.

LUCRECIA EN SU DIARIO

Los recibo en mi mesa, como mandan
los precisos dictados y las reglas de uso
en toda Roma.

Alimento con viandas y escogidos vinos
sus mermados cuerpos.

He visto crecer a mis costillas las ventrudas panzas,
los rollizos mofletes y carrillos
de más de un poeta renombrado.

Y aún así, algunos de ellos —ingratos—
no alcanzan a apreciar el exquisito
desmayo de mis versos,
la sensitiva y fina gracia de mi prosa.

Y hay todavía otros, oh amadísimo Anfitrión,
que se burlan de mí
y escarnecen cuanto escribo.

CLODIA

Mentira, dulce Clodia. Mentira que no disfrutes tú mis versos cojos, mi pobre fama, los dos y hasta tres besos que te he robado.

Mentira, digo, tus castas manos, tus castos ojos. Lo sé bien: ardes por dentro, te quemas con un calor de yegua que relincha en tus entrañas. Y aunque niegues tu amor, tu cuerpo grita lo contrario.

Lo sabemos, tú, yo y el oráculo aquel de Apolo, que ha dicho, sabiamente, que te encanta.

GINECEO

Murmuran entre sí cuando ella
pasa a sus flancos, desplegando
ansias y velas.

Navegando.

Filtran babas
y venenos ternísimos
de doble filo.

Sé que en el fondo desearían
su misma suerte:
yacer sin mayor culpa
con dos
o tres hombres diferentes.

CODICIA

Con todo, Delio, crees
haber cambiado para bien,
haber ido obediente,
día con día,
hacia donde tu corazón apuntaba.

Pero muy poco o nada en realidad, Delio,
nada has aprendido en tu viaje,
como muy poco o nada
aprendimos otros también.

¿Para qué entonces, día y noche,
el martillo implacable de los años,
la oprobiosa lima del cielo?

Míranos aquí al final,
oh, diosa de Virtudes,
viejos y babeantes, viejos codiciosos.

Mejor valdría en verdad
no haber empezado nunca.

ANTOLOGÍAS

En efecto, Gelio, he vivido fuera,
fuera del orden, de la norma, de los lábiles
favores del senado,
y ahora también sin remedio,
fuera de tu antología.

Es natural, Gelio: no acudo a tus fiestas,
no me ves en tus lecturas
ni me siento a conjurar con tus amigos en las plazas.

Con justa razón entonces, Gelio,
puedes decir de mí que no existo.

RIPIO

En efecto, Ripio,
¿en qué habrías de usar tú una espada,
el filo de una daga,
el coraje constante
con el que en otro tiempo
edificó Roma nombradía y fama?

Te bastan, dices tú, dices bien,
una bien entrenada lengua,
la boca de infalibles dardos
que aseguras tener,
ésa con la que a un tiempo
das mamadas
a los criados del César
y difamas.

SÍSIFO

No puede dormir: un dolor
de ciegos mendicantes
le consume la espalda.

Piensa en su vida: nada que salvar;
se hunde su casa.
El sudor es vitriolo sobre el lecho vacío.

Flotan alrededor suyo,
ahogados
—pájaros multicolores—,
sus hijos, sus amigos.

Cierra los ojos un instante,
los abre una vez más cuando vislumbra ahí
—ahorcada en un gemido—
la súbita inminencia del derrumbe.

ESFINGE

Metó la mano al foso, muy lentamente,
como para inclinarla a mi favor.
Le doy trozos de carne, versos de sangre y miel,
vísceras que ella deglute con toda calma,
mientras un sol de piedra, afuera,
redora las pulidas naranjas del verano.

Sé que vive contenta de sentirme suyo,
sujeto a su brutal imperio
de tactos y finísimos perfumes.

Y sé que duerme en paz, en otro sitio,
conforme de saberse amada,
y de que yo, sin calma,
me enrede cada noche, un poco más,
en el redil confuso de su pelo.

ARGONAUTAS

Remo la noche inacabable.
Vengo remando hace cuarenta años.

Tengo hijos, hijas, y habría
querido para todos ellos
una vida sin remos
y hermosos ángeles guardianes.

Pero sé bien
que no a otra cosa hemos venido
sino a remar, aspas de ciego.

Oigo a mi lado el chapaleo
nocturno de otros remos,
otros que van o vienen,
o vienen y van
—gimiendo—
hacia ninguna parte.

EPITAFIO

En este apartado rincón de Roma
—obeso y bien vestido—,
aún se recuerda a Porcio
por sus finísimos caballos
y por el pestilente olor
a caño que despedía al hablar.

LEONCIO, EL ESCRIBANO

Escribo diariamente con el dolor a cuestras, a ratos, entre un informe y otro, comido por oscuros remordimientos e impronunciables celos que me degradan. Sé que no alcanzaré las glorias de mi vecino el poeta, ni mi nombre quedará escrito sobre las placas y plazas de mi ciudad.

Y lo que es peor: también por eso, Celia, la de cansinos ojos, ha de negarme el lujo de sus rotundas piernas y pechos.

APÓCRIFO ATENIENSE

Desde hace tiempo esperas cada noche, inútilmente,
que alguien que no conoces entre y te ofrezca
el vaso de cicuta preparada.

Te han dicho que allá afuera, ansiosos,
los atenienses aguardan tu final.

Pero tú sabes
—lo intuyes con profunda nitidez ahora—
que no vendrán:
inmolarán a otro con mejor fortuna.

Para calmar la sed de la furiosa turba,
ofrecerán a otros en tu lugar.

No será ése en definitiva tu destino:
tú morirás de tedio en esta celda,
enjuto, solo, olvidado de todos.

Y entre esa claraboya azul, por donde
Dios filtra su terrible claridad,

escapará sin tregua,
cada mañana,
la desbandada multitud de tus suspiros.

HISTORIAS ROMANAS II

Sufre la triste Flavia de un atroz tormento: supone
que Antonio el Cojo, el unigénito de Marcus,
la dejará algún día
por otra —o más bella o más joven.

Eso, le han dicho, sucede siempre.

Atormentada, bebe entonces
del agrio vino de su amargura, y a ciegas
su corazón se arrumba y se deslíe,
fermenta tiñas, tufos,
oscuros tósigos de azufre.

Ella ignora que el suave cojo es suyo.

Y aunque desaparece así de pronto,
y nadie sabe con certeza dónde o con quién hallarlo,
el gato cojo, el desgarrado Antonio,
vuelve tarde o temprano.

Y como cada noche, ella le sirve,
reconciliada,
una tibia ración de leche,
mezclada con veneno.

HETAIRA

Son tus besos, Antioco,
más dulces que la dulce miel,
y tus manos me saben y conocen como ni yo misma,
y toda soy de ti cuando estoy contigo.

Nada mejor podrías ofrecerme.
A qué más podrían contribuir tus ricas fincas,
o el número incontable de tus criados,
o los finos caballos que alimentas en tus cuadras.

Escucha:
vivo a las puertas de la gran ciudad,
y ahí el Amor, el ciego Amor
que deshace las líneas en los frentes
y vuelve al bruto noble,
y necio al claridoso sabio.
Ahí el Amor
me ha convertido, Antioco, en templo suyo.

NATURALEZA DE LO INVISIBLE

Me niegas el saludo, Lustio,
como si yo me hubiera vuelto transparente,
invisible del todo ya para tus ojos.

Tú que bebiste de mis vinos
y acudiste solícito a mi casa
buscando ayuda en otro tiempo.

Hoy cruzas frente a mí sin detenerte
y finges en tu prisa no mirarme,
tal como si vieras
a través de un limpiísimo cristal
sobre mis hombros.

Por un instante casi lo comprendo, Lustio:
el sátrapa de tu patrón no me soporta,
y tú, querido amigo, quizás por ello,
tampoco hoy puedas verme.

DURA LEX

Como van las cosas, Flavia,
como transcurre el agua inexorable de los días,
sin importar cuán jóvenes y hermosos
hayamos sido,
ni cuánto gozo
y perdurable amor nos hayamos dispensado,
tarde o temprano, Flavia, hermosa mía,
sabremos del dolor de huesos afligidos,
del polvo y la ceniza incontinente de la edad,
de la ardua tos de asfixia,
del súbito derrumbe
que ocurre cualquier día, por última ocasión,
con un estrépito callado de palomas.

EL VIEJO ARGENTARIO SE LAMENTA

Hoy, adormecida y laxa, haciéndote la mustia,
la muy interesante acaso,
me has expuesto a las burlas, al escarnio,
a las risas con las que se premia
en toda Grecia a los malos poetas
y a los que no sabiendo morir con honra
sobreviven —aciaga suerte—
a la derrota.

Ay, de ti, nefanda, duerme entonces.
Ya mañana podrás endurecerte,
y a su recuerdo solo, engrosarás
y clamarás sin esperanza.

Porque una, sí, una y no dos veces,
se cruzan las oscuras aguas del Leteo.

Y una, y no dos veces, sí,
la dulce Livia se regaló contigo.

VANITAS

Que Sulcio, el asqueroso hijo del tribuno,
se beba mis impuestos en mi cara;
que Rufo suelte flatos cuando engulle,
o que la oscura Servia, de córvidas pezuñas,
me abrace falsa y obsequiosa,
deseándome la muerte.

Aun eso, Lyvia, lo llevo
con esfuerzo y disimulo razonables.

Pero que el gordo Antipa te pretenda,
que el gordo Antipa te envíe flores
y azúcar y manteca de su establo,
eso, ardiente mía,
no lo permita Dios, no lo tolere,
porque tampoco lo soporta, ay, mi corazón.

TROYANAS

Crejó toda su vida.

Crejó en las aguas púrpuras, perennes,
tal como en otros días
lo vio y lo escuchó en su patria.

Creía, con la firme certidumbre
que alguna vez lo acompañó en silencio —dogo fiel—,
pero que no fue suficiente a la hora
de abrir la puerta y abandonar la casa,
porque todo de pronto estaba ahí,
arrodillado, iluminado apenas
por esa lucecita azul y tibia del desastre.

Y aun aquellas cosas que esperaba tenaces,
como aquellos atardeceres tórridos
o las sucias palabras de amor, que habrían de proferirse
—una y otra vez—
desde la suave boca del augurio,
aparecían ahora exánimes, descoyuntadas,

resquebrajadas por un tajo de no se sabe dónde,
por un golpe de dioses, de ídolos proscritos,
a punto de desplomarse.

TESEO

Pero, ¿dónde está?

¿Cuál es la salida?

Nada entiende esta mano
que busca a tientas, ciega de sí misma.
Sin respuestas.

Si cruza en silencio por el día,
si va en la oscuridad
—también a tientas—,
nada sabe al final, nada acierta.

La punta atroz de la madeja
acaso empieza aquí,
al otro lado de este muro,
en la otra mano que sostiene en alto
la firme empuñadura del presagio.

EXTRANJEROS

De Amón, el poderoso comerciante egipcio,
he oído que uno es, no del lugar donde ha nacido,
sino del sitio donde el corazón
ofrece sus perfumes y primicias.

Le he oído decirlo así, como quien dice
verdades sabias y prudentes.

Y yo, oh, diosa, que extranjero soy también
de Roma, no he sabido qué decir.
Bien lo sabes tú: amo esta patria ajena
durante el día.

Pero de noche,
apenas duermo, sueño nada más
la dura tierra,
la aborrecida gente amada, el derruido
solar de mis mayores.

CENTINELA

La he esperado inútilmente toda la noche anterior. Fuera de su casa, a oscuras, he sido un árbol comido por larvas y lluvias ácidas del Norte.

Y he tenido frío.

Por eso hoy, mientras bebía a solas, agobiado por lumbres y oscuros pensamientos sin sosiego, he deseado miserablemente la desgracia de otros —la suya, la mía propia, la del tarado Hippias que manda aquí—. Y he pedido firmemente, oh, diosa, que así sea.

DECLARACIÓN DE PARTE

Que he perdido el tiempo, Quintiano. Ni lo digas. En todos estos años de vigor pude haber acumulado fortuna, criado fama y haber escrito, sí, todos esos libros de versos por los que hoy preguntas.

He perdido el tiempo, lo sé bien. Otros, no sólo han conseguido el aplauso unánime del pueblo de Roma: hasta en las Galias se menciona con admiración sus nombres. Otros más —me dices tú— han ganado ya el lugar de los sofistas en las plazas y en los grandes torneos literarios.

Me he quedado atrás. El tiempo se me ha ido como un carro sin auriga, y yo, aquí, engegucido, entre sencillas cosas y lances sin importancia. Viviendo nada más.

Estoy perdido: no sabrán de mí por el filo de mi espada y menos aún por la gloria de mis pobres versos.

Que he perdido el tiempo, Quintiano. Dices bien.

ODISEO

No puede dormir: sabe que hay una mujer distante
que aguarda humedecida en otra playa.

Extiende brazos, brasas, llamaradas,
seca en su voz las aguas de un manantial nocturno:
“¿Estás ahí, sigues aún ahí, Circe mía?”,
pregunta, ansioso, desde la otra orilla.

Se le caen los remos de la cama,
se le cae la casa.
Podría salir ahora y navegar y agotar el agua.

Pero vuelve a cerrar los ojos,
invoca a su favor una prudencia inútil
de perros satisfechos,
de rubios tiernos niños acunados en su cuna;
cuenta las cuentas pendientes, las citas sin cumplir,
los encuentros pospuestos
o al borde siempre del caballo de la prisa.

Entreabre los ojos al fin, aturdido,
y un dolor de tridentes y cuchillos,
una hoja de tacto suave
—ardor
de lúbrica agonía—
se aloja despaciosa, sin recato,
en su costado.

GORRIONES

Yo he estado aquí,
de pie, de prisa,
ignorando su vuelo;
el corazón pegado
al polvo por destino.

Por eso mis ojos hoy,
ahítos de pavor y ansia,
los siguen sin consuelo
en las alturas.

CÉFIROS

El perro amarillo, el perro negro,
el manchado macilento, el otro que moría de amor
y aullaba hasta el amanecer todo el tiempo.

Aquí están todos al final, revueltos,
hechos nudo, guardados en un cajoncito.

Y mientras arañan y gruñen por dentro
con uñas y dientes de miedo,
siento cruzar,
 ardiendo,
el aire y la lluvia sobre mi cara.

Mi cara de hoy, mi cara de antes.

De aquel hoy y de aquel antes
que ya no existen.

De
En señal del cuerpo
(1998)

Entregué mi corazón al desaliento
por todos los fatigosos afanes bajo el sol.

ECLESIASTÉS 2, 20

Abalorios

A LA SOMBRA DEL ECLESIASTÉS

Es éste el mismo aire,
la misma luz,
el mismo cielo convertido en agua,
la misma lija
que devastó a mi padre y a mi abuelo.

La misma piedra intacta.

Y sólo hoy —este instante—,
sólo esta dicha pasajera y mía
no volverá.

Holgarse con los pies hundidos en el agua.
Hartarse de los besos y los vinos de tu amada.
Saciar el corazón contrito,
la carne ciega.

Y que no haya más afán
ni más tremor en nuestros días.

Así lo ha dicho el Cohélet.

Así lo dije en mi ciego corazón desmemoriado.

Que así sea.

Todas las cosas dan fastidio,
y lo que ayer nos levantara apenas
como un cadáver tierno
en su tercer día,
hoy nos hace morir de agobio,
nos deja como cepos rebalsados.

Como a costal de pobre,
nos repleta y nos desborda.

O lo que es peor:
ya no nos llena más.

Qué gana el que se afana con fatigas.

ECLESIASTÉS 3, 9

Por eso hoy me he quedado en cama,
inmóvil, sin hablar,
y me he puesto a recordar de pronto
los mustios girasoles de septiembre,
la mancha roja que dejaron en tu falda.

Y nada más.

No he pedido ni deseado
nada más.

Me he quedado así,
inmóvil, en silencio,
como deseando que no me oiga el desconsuelo.

Al otro lado de la puerta oigo a mis hijas.
Juegan sin consecuencia a ser adultos,
a ser madres y esposas suaves, firmes,
como puntal de dura piedra.

El corazón entonces me da un salto,
porque no hay duda de eso:
crecerán y serán madres y esposas suaves,
y sostendrán la vida en hombros,
y comerán del plato envenenado.

Y un día, al otro lado de la puerta,
preguntarán —acaso—
si no han estado criando,
si no han estado dando
huesos y carne para el dolor.

Has llegado hasta aquí. Hasta este día.

Has llegado con todo y ojos, manos, páncreas
y hasta un alma.

Pero quién habrá de decirte,
quién te dará a saber,
cómo habrás de partir.

*Anda, come con alegría tu pan
y bebe de buen grado tu vino.*

*Vive tus pocos días
con la mujer que amas,
y no te des a componer libros,
que es tarea sin fin
y apacentar de vientos.*

EL COMETA

Miraremos el cielo
detenidamente mientras pasa.

Lo veremos cruzar por una sola vez,
en una sola noche. Juntos.

Bajaremos los ojos después,
los mancharemos con polvo,

para que el cuerpo, mujer,
no olvide en esas horas su destino.

FORTUNA

porque con todo juega la Fortuna...

FRANCISCO DE QUEVEDO

Me unge de aceites y perfumes este día.

Me pone mirto en las sienes
y ramas de laurel
y suave albahaca.

Me arropa deleitosa entre su seno.

Entre sus sábanas blanquísimas me tiende.

Este día. Lo sé bien.

Porque después, no sé qué daño,
qué nuevo estrago me tendrá.

PAISAJE NOCTURNO

Asciendo entre las ruinas y rastrojos
de la noche.

El aire quema a estas alturas.

Una canción mantiene en cruz la madrugada.

De quién es deudo este pesar.

De dónde esta ventisca de hojas secas
que arrastra almas y vivos hasta el valle.

La tristeza es otra, sí, y no ha venido.

Hoy nada más

es una flor febril que no termina.

HIJOS

¿Serán lo que probablemente
pudimos ser:
compañeros de viaje?

O acaso
y nada más
lo que realmente fuimos:
severos jueces,
incómodos testigos de otras vidas.

De otros fracasos.

CLAROSCURO

Con una oscura conciencia
de animal escarnecido
lo voy sabiendo:
no duramos.

La mañana es un patio con sol
y pájaros de estruendo.

Luego uno está ahí
por un instante.
Solo. Deslumbrado.

Ciego de tanta luz.

Y enseguida oscurece.

DON TRINI

Para mis hermanos

Era músico, tío de mi padre, mío y de mis hermanos.

Era un árbol garrudo, leñoso, tibio.

Y era carpintero.

Pero hacía violines y arpas que dejaban en uno
el sonido ronco de los guitarrones.

No tuvo cerca una mujer: tuvo una yegua
a la que besaba en los belfos
y a la que daba regios tragos de cerveza:
muñeca-muñeco, le decía.

Y era un hombre bueno.

Tocó toda su vida en ferias,
velorios y bautizos, y no tuvo otro afán.

Separados por años, por siglos de no sé qué cosas,
no pudimos decirnos mucho en realidad. Casi nada.
Pero seguro nos queríamos.

Y al fin, como soy, me negué a verlo
en sus últimos días.

Ay, tu tío Trini, me decía mi mujer,
y lo mirábamos caer, sentadito en su silla,
por los desfiladeros de la edad. *Ay, tu tío Trini*,
y yo me despedía de él, desde lejos,
en silencio,
arrodillado en mi corazón.

GORRIÓN

Apenas un instante atrás,
entre los setos verdes
y las ramas del tomillo,
surgió cortando el aire.

Febril.

Como un disparo.

Y en ese instante atroz,
en descampado,
lo devastó un suspiro.

ABALORIOS

¿Y si es plata falsa y no lo sé?

¿Y si mañana es sólo plata falsa y vidrio,
pedrerías y espejos sin valor?

¿Y si es así?

Y si así fuera cada cosa mía
que sale de mis manos,
cómo ignorar que es éste
y no otro mi destino:

ensortijar pequeñas cuentas,
diminutas piedras de río.

Ropa de cama

Y yo para mí alabo la alegría, ya que otra cosa buena no existe para el hombre bajo el sol, si no es comer, beber y alegrarse; y eso es lo que le acompaña en sus fatigas en los días de vida que Dios le hubiere dado bajo el sol.

ECLESIASTÉS 8, 15

POSCOITAL

Podríamos ser así
dos muertos frescos solamente.

O un par de tibias bestias
rendidas y acezantes.

Pero nos une
la boca mutua sobre todo,
la piel de suave espíritu agradecido.

Y los ojos también,
los ojos nuestros, tan distantes,
que han venido a mirarse aquí.

Tan desolados.

Reconozco el ardor febril de tus rodillas:
tiemblan, reverberan.

Se estremecen
como dos castaños agitados.

Son lo único que queda de nosotros.

Murmurando.

Ahora todo es lento,
frutal,
deshilvanado.

Y de una tibia
y perpleja mansedumbre.

CUERPO A CUERPO

Ruedas conmigo.

Rodamos más allá del lecho a la deriva.

Rodamos frente a frente,

cuerpo a cuerpo.

Abrazados.

Hasta que el cielo cambia

de color

y un crucero de turísticos adioses

se aleja naufragando en tu mirada.

NOCTURNOS PARA DESDÉMONA

I

Acataré la estricta disciplina y los hechos sin vuelta de mi vida.
Seré obediente a las señales únicas
del cielo
y rodaré todos los días, celosamente,
la piedra oscura de mis actos.

Y me tendrán por manso.

Pero yo devastaré la piel y sorberé los huesos y los ojos
de todos los que lleguen hasta aquí buscando asilo,
de todos esos tristes penitentes
que vienen a buscar fortuna entre tus muslos.

Devastaré sus carnes y redaños.

Después me tenderé contigo, suavemente,
como una mansa bestia, inerme
y sin aliento.

II

Adivino en el aire el paso anestesiado,
como adivina el macho
la presencia de enemigos.
Y sé del miedo atrabancado del ladrón,
y del sigilo leve hecho de alas;
de las miradas tibias, deleitosas,
con que los otros miden, palmo a palmo,
tu zancada.

III

Cómo guardarte aquí,
secreta y mía.
A salvo.
En esta tierra incierta, sin más ley,
donde todos cuidamos
celosamente
lo robado.

ASEDIOS

I

Trazo rozando apenas tu cuerpo estremecido.
Apenas una insinuación de rumbos y veredas
me pone a lomos de un caballo
estrepitoso, resoplante.

Me acerco así, a trote, sin medir las consecuencias:
me reciben ahí tus ojos de paloma amartillada,
las ganas recelosas de tu vientre,
tus pechos como peces,
escapando.

Y vuelvo atrás entonces, tasco el freno,
jalo la rienda rezongada de dulcísimos deleites,
sosiego el fanfarrón envío que avanza de mi carne.

Y quedo ahí, de pie. De firme piedra.

Mientras un ventarrón helado se desploma sobre el día.

II

Toros en brama, enardecidos búfalos
me yerguen a tu lado,
me dejan largamente así: deseoso, absurdo,
obvio como un adolescente sin palabras
al que de pronto lo despierta
el mar y su jadeo,
el ardoroso tacto
del tapir,
creciendo entre las ingles.

III

Y soy entonces, vívidamente,
sólo una cosa ya:
un hombre en llamas en tu nombre.
Sin luz.
Sin paz.
Y enamorado.

REINCIDENCIAS

Otra vez el amor

—uñas y dientes—

me vuelve en sus linderos
presa fácil.

Carne ciega

y palpitante.

Adherencias

EPISTOLAR

Arroja tus mensajes por los quicios de mi puerta.
Escríbeme que aún vives. Que me amas.
O que me amaste un día y hoy no soy
sino tu ropa sucia,
tu zapatilla escasa.

Esscríbeme, por Dios.

Yo guardaré en un libro cada línea de tu mano,
para que en otros días,
en lentas horas de ceniza y desaliento,
si acaso las rencuentro por ahí,
me alumbren al mirarlas todavía.

DISTINTAS DIRECCIONES

Es jueves. Vuelve el arrayán de oscuros pensamientos.

La mirada es pozo que no acaba de caer.

Las orillas también anuncian sus derrumbes.

En este sitio ardieron las almenas, incendiadas.

Se hundió en sus plantas la ciudad y la alegría.

Y fuimos otra vez como antes: de nuevo dos

—grumo disperso—

flotando con distintas direcciones.

ESTRAGOS

Voy a acostarme junto a ti.
Ninguna hora puede ser más fría que ésta.

CHARLES SIMIC

Voy a tenderme aquí, contigo,
para escuchar tu aliento:
va y viene a tropezones.

A tumbos.

Cayendo como una oscura piedra sin destino.

Te oigo dormir así y pienso
en lo ardorosamente ingrato de este invierno,
en sus estragos,
en la difícil vida de las calles a estas horas:
cómo se agosta el lúpulo dos veces
y cómo cesa, herida, la imposible jacaranda.

Así estos días que vivimos contra el muro,
desolados.

Así este invierno triste,
escarchándonos la mesa.

Hoy nos sorprende el año atizando un fogón convaleciente.
Tu mano es aún la misma,
pero en tus ojos
se asienta una mujer de sables y vivísimas tormentas,
y un dragón que vela adormilado entre sus pies.

A lo lejos,
un viento como no conocimos
estremece los árboles invictos,
se atribula de extraños peces y otras necedades.

Vienen los días presentes como toros bravos.
Es verdad.
Y uno cambia entonces, muda, irremediabilmente,
como para no morir:
se aherrojan las puertas y ventanas,
se alambra con púas
sobre los suaves lirios y los verdes toronjiles.

Así de pronto se tuercen los caminos.
Se enturbian así de pronto las noches y los días.

Y un agua revulsa
entonces —de pestilentes flores—
se extiende lentamente a nuestro pesar en todo.

VERANO

Cielos convulsos.

El blando tepozán hamaca la llovizna.

Crecen la hierba ociosa

y la oquedad.

En días así estuvimos juntos.

Tibios, azulados.

Y el agua que caía despacio,

gota a gota,

nos vencía de luto.

ADHERENCIAS

Despertamos nadando en sedimentos.

El salitre prueba que hemos dormido
y que pasó el agua en tanto,
un viento despacioso.

Y no un verano: toda una vida,
que no tendremos sitio alguno
(ni hora amarga y suficiente)
para llorar lo justo.

SALDOS

Rastros de cerdos y comida rancia
por el suelo.

Así que en esto acaba todo,
la insensata juventud,
los claros pensamientos circunflejos,
el raído fervor
de la extasiada alcoba,
los afanes tristes.

Y los días.

Así que en esto acaba todo,
me pregunto.

De
Peleas
(1988)

Mira bien lo que hacemos los dos
siempre peleando así...

GOUVEIA AMORÍN
Bolero brasileño

El furor y el delirio, cada uno
va a buscar su caballo.

J. LEZAMA LIMA

Nos entume la borrasca.

Nos quema el aire frío que baja con la noche.

Sin saber cómo, se nos ha hecho ya muy tarde.

¿Hace cuánto que estamos aquí, ateridos,
mirando el vaivén cobrizo de los pastos,
las bandadas de tordos que se van,
el resplandor altísimo del rayo?

¿Hace cuánto que estamos así?

¿Hace cuánto?

No puedo contra ti.
Cacarea y se me aflema el corazón.

Rindo las armas que otros conocieron,
las antiguas lanzas vencedoras,
las rápidas navajas y escudos.

Depongo todo cuanto soy.
Me rindo.

No quiero más tus guerras ni tus líos.

Ni estas treguas de sal.

Ni estos lamentos.

Nos sostienen aquí,
ardor y soledumbre:

 tenues leopardos
que comieron gozosos
de nuestra mano.

 Y hoy en cambio
—sinuosas fieras—,
nos cazan
como a dos liebres,
o nos gruñen hambrientos
bajo la piel.

Miro cómo el azolve se espesa entre los dos,
da sus flores de fiebre
y empantana los rebaños.
Hasta las aves,
 perdices y gallaretas,
naufrajan con violentos aletazos.

Digo entonces alguna palabra,
algo que nos sostenga
y conjure la noche.
Me hablo así,
un poco a ciegas,
y miro sin embargo
cómo las hojas, tu cuerpo y el mío,
se hunden también
en un mismo silencio.
Amargo.

 Y anterior al mundo.

Mientras el otro duerme
entre algodones y quetzales,
a su flanco
las armas del vencido
—rodela y obsidianas—
chorrean
hiel.

Me entristecen
los cielos imprecisos,
los celos que me causas.
Y este amor
 —sangriento amor—,
que no termina de engullirnos.

Cuando él abre la puerta, ya está ahí:
el pelo crespo; la mirada,
un negro pozo de alacranes.

Pero no huye: la mira desde el fondo
de su horror encadenado.

Por un instante cruzan frente a él,
rasantes,
todas las bestias comedoras de hombres,
gorgonas y esfinges fabulosas,
Orestes perseguido por rabiosas perras,
Agamenón
en su sangrienta telaraña.

Así que espera, aguarda inmóvil:
sabe que no lo atacará, si no se mueve.

En esas noches de armas,
bajo el rayo,
la sangre me convence, amada,
que en esta jaula,
en estos fríos sótanos
sin cielo,
 alguien (o tú o yo)
está de sobra.

Hundido en la trinchera espero, zozobran- te. Hay en el aire un suave olor a hierba pisoteada. Reina una tregua de caballos agotados, de pasos algodones sobre paja.

A veces oigo apenas el hachazo angustioso de las puertas que se cierran. Luego otra vez la calma, el ávido silencio que sepulta a la tormenta, como si hubieran muerto todos en su casa, como si en esta casa reinara sólo la memoria, los recuerdos sin voz, en- simismados, vagando por donde antes floreció la tierra.

Rabio de ciegos leones intragables.

De rugidos.

Me encharco de lagartos

y venenos,

y te odio por tus malos ratos,

por tus cosas.

Y me odio, amor,

porque después de todo

en algo sin querer nos parecemos.

Tizne y carbones quedan de la casa.
Ennegrecidos túmulos de tierra.

Mejor así, que andar ahogándose de hieles,
batiéndose de quistes y vejigas.

Mejor así: quemarlo todo de una vez,
quemar las naves y los remos.

Y regresar después —así es la guerra—,
cada quien por su lado y como pueda.

Mala comida y vinos agrios
nos sientan a la mesa. Nos calienta
el sol un poco mientras tanto:
nos deja con la amarga idea
—la íntima certeza—
de que todo es inútil
y no hay posible pan qué compartir
con otro.

Auto de fe

Te alumbraron, conmigo, alhajas y azafranes,
finísimos contactos de lustrosos faros.

Te enfloraron de flecos y pавanas,
te volviste hermosa y conmigo te quisieron.

Hoy deshaces los ramos, niegas lo que fuimos,
y envanecidos goznes, traidora,
me dan con tus ventanas en la cara.

In memoriam Cayo Valerio Catulo

Hoy que regresa otra vez conmigo,
Celia me dice que ama a Visco el armenio,
que presta a un tiempo sus favores a Rufo,
que ha estado con Nata y Fundanio
y que desea a Porcio, el asqueroso hijo del tribuno.

Pobre de ti, Lauro,
tú que por ella, la Celia tuya,
habrías cruzado el Tíber en dos remos,
te habrías metido entre los carros
y caballos,
habrías herido al César y te habrías vuelto,
sin ojos, sin haciendas,
al exilio.

Pobre de ti, en verdad, Lauro.

Ni el frío
ni la hiel de antiguos verdugones
me entristecen, fulana.
Me aflige, sí,
me puede
que vuelvas y me dejes
tu cepillo olvidado;
que vuelvas una y otra vez,
y me cuentes tus noches y tus días,
y te vayas después
—gozosa—
y yo quede como antes.

Esperando.

Ráidos terciopelos, gasas
y remiendos
me calientan en tu ausencia.
Me llenan las hilachas, tus limosnas
a la fuerza.

Me cubres de hongos y miserias.

Y encima —perro flaco o buen caballo—
me resigno.

Vivo ahora de ese pan
—pan a palos—
que se cae de tu mesa.

Me miro desde afuera:
no era éste el de antes.

Ni su voz ni su forma se me parecen.
Nada era así.

Él —que soy yo— la recuerda.

Y chorrean las flores su hiel y sus venenos,
empodrecen los dátiles de agosto,
se enfangan para siempre los océanos.

Y yo —que soy él—
la maldigo.

Té de canela

Hasta qué punto la boca de una
chica es profunda, más profunda
que la noche, que el cielo.

G. BATAILLE

Las volutas voltaicas, las jambas dóricas,
temblando en los chirriantes nudos del incendio.

La boca recorre la extensión alpina,
los relinchos aljamiados de la torre.

Y desde lo alto, enfebrecido, el domo suda,
con un temblor de castigadas bestias.

El envi3n entonces cruza un banco de nubes.
Relampaguean de s3bito los breves colipavos.

Y la boca, toda espesa de sorpresa,
asciende de nuevo a tientas,
y sorbe los vestigios rendidos de la luna.

Aéreo paredón de fusilados,
la bóveda
sostiene la descarga en vilo,
el espasmo renqueante del fusil.

Las ventanas despiertan asfixiadas,
humeando con blanquísimos pañuelos,
suavemente,
como pidiendo tregua.

El cielo se enmantela entonces,
no con palomas: con banquetes de floreros
derramados,
y parece más cercano aun, algo más bajo,
cuando desciende a rastras, tiroteado,
demorándose en el fondo de tu boca.

Vegetalmente atormentada, ciega
de sonámbulos deleites, la flor
carnívora,
antes de los pianos y la lengua,
se ensaliva de jugos primordiales
y otea el tren.

Chapotea el aire entre las hojas.
La trampa se insinúa haciendo guiños,
se entreabre aletargada,
de cara al sol.

Pero el más mínimo aleteo,
el trote más sin voz del unicornio,
la vuelve en ese instante
ardor y dientes, foso
de profundas y sangrientas digestiones.

Cuando el corno desata el vocerío,
los trombones descienden entre lava y piedras.

Recuenta el cántaro las tórtolas que gotea,
y la garganta, envuelta en llamas, te deshoja.

¿Cómo si no de este modo sabría yo
del ardor digestivo en que me guardas?

¿Y cómo entenderías tú el hambre, el hartazgo,
los sofocos estreñidos de la pólvora?

Pausadamente lo vivimos, para que salten
de nuevo los violines, despeinados,

como quien se ha quedado afuera
a contemplar la noche.

Ebrio y engallado centinela,
el faro, asta lunar,
en el instante suspirado de la diosa, se agita.

Y un mar de logarítmicos tritones, los ballenatos
pediátricos de leche,
ascienden por el aire.

Un martín pescador muerde una nube.
Insiste el cabeceo de la proa
y el oleaje sin fin del agua en los cantiles.

¿Qué ha de quedar de todo esto, te digo,
después de que el amor nos quemé de repente?

¿Quién sabrá que amanecía puliendo los metales
—el oro y la plata bautismal—
en los recintos de tu boca?

¿Qué pensarán tus hijos?

Se lo dirás tal vez a otro, alguna tarde,
mientras resurgen de la mesa los bolillos
y humea la lenta manzanilla.

Y convalece.

MELANCOLÍA

Cruje la hojarasca.

Y el polvo,
 removido,
se estremece
humildemente
mientras
pasa.

Tortuga alcoholizada, llega con los pies
confusos la luna.

Azota las puertas

y la oyes

gimiendo a media noche, inconsolable,
como si esta vez

—ahora sí—

se acabara el mundo.

Incienso y laurel garantizan su exorcismo.
Cruces de sal
para que no se acerque.

Pero hay naufragios, barcos que encallan
en día miércoles, con la popa en llamas.
Hundimientos que dejan
por toda herencia,

no la nocturna sábana
de aceite y humo:

los forcejeantes restos
de lo que en otro tiempo ató
al mirto con la palma.

CASABLANCA

Gotea bajo el almendro sensitivo y encanece de flores el escombros. Hasta el pantano aduerme sus venenos y sabe a acidulado vino el mar. ¿Era entonces dos dientes vestidito azul “no me hables en domingo”? ¿O la confundo y nunca dijo en verdad lo que me dijo?

Polvo en los domingos y en las tardes reúma. Cómo saber si pensarás de nuevo en ella: volovanes y bizcochos te amo porque te amo *el tiempo pasará*, y en una tarde, rumbo al campo, casi para sí misma: “Los finales son siempre entre Ingrid Bergman y Bogart”.

Cómo lo sabíamos entonces, ¿lo recuerdas?

Eran otros días y otra la luna.

Calamar

*... and every attempt
is a wholly new start, and a different
kind
of failure...*

T.S. ELIOT

CALAMAR

Hoy lucho a solas con una palabra.

O. PAZ

Se niega el calamar,
 riega su tinta,
empaña el agua,
 oscurece la llama
mientras huye.

Y quedo yo, sin ojos,
 con la red
vacía entre las manos.

Se nos ha ido otra vez la noche en blanco,
otro día más picando piedra, buscándole
sentido al corazón,
el maldecido son a las palabras.

Y sólo he visto arena, sal en los sembrados y en las trojes.

Un perro muerto hinchado sobre el agua.

¿Será éste el suelo que pedimos una vez,
la tierra de cebada y mieles?

¿Será éste el rumbo?

¿O me he perdido?

Hecho de nudos, embalado,
se me hace bolas el arroz.

Y ya no puedo.

Me atasco, caigo, pataleo inútilmente.

Y entonces, por el borde, deleitosa,
toda ufana,
cruza y se va la liebre.

De
Río subterráneo
(1991)

CRÓNICAS DE FIN DEL MUNDO

I

Tengo un pulmón
lleno de hollín,
los ojos sucios
y la lengua
toda de aceite.

Y lo que es peor:
ya no recuerdo
el cielo
ni la luz
de otras mañanas.

II

Hay otras formas de vivir,
presiento.

¿O es sólo este montón
de flores sucias, desvaídas,
y esta rutina?

CACERÍAS

He vuelto a casa, entumecido
y sin fuerzas,
con arena
y yerbas
y un poco enfermo.

Pero aún tengo
en la ropa
y entre los dedos
los almizcles agazapados
de tu perfume.

COCINA PARA SOLITARIOS

*

Siéntase como un guiso frío
en la mesa desierta.

*

Pruebe
paladee el sabor minúsculo
de esos ríos subterráneos
que no llegan nunca al mar
pero que están ahí
regocijados.

De flores todo el tiempo

Y sólo la boca
la lengua hecha de flechas
sabe su tormento.

*

Y probar
y probarte otra vez
en la misma dirección
del arcoíris:
la sal y la vainilla de algún modo
una mesa
de sinuosidades
precisas
presentes
en ese breve instante
en que cierro los ojos
y la lengua se adentra
tanteando
en un cesto humedecido de miel.

De
La mordedura del caimán
(1984)

El descenso

El descenso nos llama
como nos llamó el ascenso.

WILLIAM CARLOS WILLIAMS

Nadie me salvará de este naufragio.

MIGUEL HERNÁNDEZ

LA CAÍDA

I

Pausados pacientes, cuerpos que confunde
el mar mientras galopa,
enfermos de fuego,
efímeras prisiones,
cárceles que habita el sol por un momento.

Y aún así caemos.

Piedras arrojadas al abismo,
cristales rotos que tiré en la noche.

Por qué si nada ha de quedar,
si nada dura,
aún así caemos.

Qué objeto tiene el sufrimiento,
este morir a pausas bajo el humo,
bajo la idólatra memoria.

Y agobiados.

II

También descenden los amantes,
los cuerpos abrazados
al asombro,
a un mismo fuego que los ata y los consume;
sombra del espejo uno del otro,
ansiosa confusión de las miradas.

Y un día encallan
 y, agobiados,
mitades de una equívoca incisión,
se vuelven con la cara a la pared
y chirrían el cable
y la atadura.

El tajo de una piedra cae y turba el agua.

Algo queda intacto sin embargo.
Algo allá en el fondo se empecina;

marea

insistente que se alza hasta ser nube, pájaro
o trémulo fervor.

Violento rojo que las flores acumulan.

Y cae el amante,

y cae la dicha, pesarosa, como el luto;

la señal sin ojos, en el pozo de la noche;

una misma devoción,

un mismo ruego,

la piedra que adoran juntos y en silencio,

su Moloch de oro,

su idéntica certeza como un pacto...

Y velan armas,

pausados centinelas;

velan el niño fiel de su caída,

el muerto justo, irrevocable,

que han de llevar a gritos ya,

y sin remedio.

III

Los ojos abismándose en la duda,
tanteando el hueco que dejó el incendio,
la mirada,
 su espectro
al desplomarse del penúltimo escalón.

Será éste el cuerpo que transita
hacia el vacío,
la mano que suspende el filo cuando caigo,
ahora que la llama parpadea
y las semillas crecen,
 perseguidas,
hacia abajo.

IV

Escucho lo que digo, lo que me digo a veces a mí mismo,
lo que me he dicho ya frente a este muro sin oídos.

Ayer me vi en su ruina.
Mírame hoy red, vasija,
 olivo palpitante,
extrema resonancia de otro cuerpo.

Mírame andar, caer en sueños, lejano y sin medida.

No soy el mismo que venció en el ángel,
ni el que te dijo un día —irreflexivo—,
en la espesura de un café nocturno:
“No basta sólo el pensamiento,
un beso tuyo es más que todas mis ideas”.
Hoy no lo sé.

 Se apagan las espigas
que anoche ataron al vacío;
un hombre avanza hasta la orilla de sí mismo
y se derrumba, tembloroso, en una esquina.

V

(LA ALEGORÍA)

Voy hasta el límite de ti, y me detengo.

Allá están las caídas, el abismo;
si en verdad eres el hijo de Dios,
arrójate,
pues escrito está
que han de venir los ángeles en tu auxilio.

Y el descenso, como una blanca ola,
irguiéndose en el aire,
me tentaba.

VI

Caer hasta la piedra
o desamparo,
hasta tocar el dulceamargo del hastío,
la ciénaga imposible de los justos.

Y despreciarme.

VII

Arena y polvo mientras caigo.

La sed cavando entre párpados del sueño.

Un fruto recortado por la luz.

El agua que se agolpa

en el asombro y llama,

desmedida,

en sus vivísimos costados palpitantes.

Y nadie la oye.

Atrás quedó el desierto, la algarroba

restallando sin motivo, la grey

de los camellos recortados contra el cielo

—su inasequible pesadez a la distancia:

¿nubes o barcos tantaleantes?

Espectros ebrios contra el humo del naufragio.

VIII

El agua es un espejo recurrente,
donde la verde voz de una muchacha,
envuelta en años,

desde un auto,

o al fondo de una tarde entre la lluvia,
repite el nombre de ese instante
y agita la distancia con la mano:

“¡Adiós, perplejo!”

IX

La mañana es azul
y zumban los insectos sobre el charco;
intenté apartar las hojas para verme
y en el fondo descubrí la trampa:
los ojos indelebles, a los que inútilmente
—mucho antes de que hoy cante el alba—
habrás de repudiar.

No hay olvido.

Recordarás su nombre,
las manos como peces contra el hielo,
su andar de brusco remolino entre las hojas,
la tarde sin atisbos, a ciegas,
en un llameante cuarto de alquiler;
y el cielo,

las mañanas de azogue bajo el frío,
después de haber perdido una batalla.

X

Es un regusto a sal, a flores machacadas,
a viejos ramos sobre el túmulo del campo.
El aroma propicio de la sangre,
las vísceras invictas,
y en una ánfora,
oculto, removiéndose en el sueño,
el polvo del derrumbe, lo que ha sido:
un híbrido temblor,
el salto sobre el filo del trapecio.

Eso fue.

 No hay olvido:
seremos piedras resonantes, cargadas de agua.

Y el eco
habitará en el fondo.

XI

Perdí el camino, el hilo que trasciende
el extravío,

 y en la gruta,
oscuro yermo de palabras,
desesperé de miedo.

En la tierra de Abraham me despertó el incendio:
la ciudad arrasada por la cólera de Dios:

Soy el único justo,

le veuf, i'inconsolé.

Pero esa noche el fuego arrodilló los muros,
quemó la llama el abanico de los ojos,
y me encontré distinto,
ajeno.

Cantando en el instante del descenso.

XII

Y dudo entonces, alma mía,
y lentos son los puentes
del trapecio,
lejano el salto
y loca la esperanza
que me anima.

XIII

No verme caer mientras la planta desata el nudo
forcejeante de sus hojas,
mientras en ella, amarga fuente, párpado que sueña
y hace soñar a los cautivos de la torre,
se inmoviliza el baile sigiloso de la cobra,
el cuerpo, ya cansado,
se detiene
y observa su profética inminencia:
la caída —palabra hecha de pozos.

SÍSIFO

El mismo mal, el mismo grillo que ejecuta
a ciegas su instrumento;
la pena idéntica y sus élitros,
la herida que sonrío de horror
mientras medita.

Y otra vez el mismo andar.

La misma cantilena de mis actos,
un ir y venir tras de la piedra,
tras el esfuerzo que derrapa, insostenible,
en el penúltimo escalafón.

Subir para caer de nuevo,
y nada es cierto,
sólo la vívida conciencia del retorno,
la sed que te levanta,
a media noche,
trémulo de ardor,
como una mano de raíces hasta el cielo.

Bibliografía








- La mordedura del caimán*. Toluca, Ayuntamiento de Toluca, Centro Toluqueño de Escritores (Colección Becarios Tolotzin), 1984, 79 pp.
- Peleas* (Premio Nacional de Poesía Joven 1988 “Elías Nandino”). Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, Universidad Autónoma del Estado de México, 1989, 64 pp.
- La mordedura del caimán*. 2ª ed. (expurgada), Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura (Colección Raya en el Agua, núm. 6), 1990, 46 pp.
- Río subterráneo*. Toluca, Coordinación General de Comunicación Social, La Tinta del Alcatraz (Colección La Hoja Murmurante, núm. 75), 1992 [2ª ed., 1998], 15 pp.
- En señal del cuerpo* (Premio Internacional de Poesía “Jaime Sabines” 1997). México, Instituto Mexiquense de Cultura, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, Praxis (Colección El Corazón y los Confines), 1998, 66 pp.
- Peleas*. 2ª ed., Toluca, Tunastral (Colección Libros de la Tribu, núm. 9), 2000, 68 pp.
- Legiones*. México, Praxis (Colección Vado Ancho), 2004, 54 pp.
- También la noche es claridad. Antología poética (1984-2009)*. México, Praxis, 2009, 89 pp.
- El amor inclusivo*. Guadalajara, Mantis, Casas del Poeta, A.C., Homérica (Colección Terredades), 2011, 55 pp.

Índice

- 7 Aproximación a las antiguas y nuevas visiones
de Félix Suárez, *Hernán Lavín Cerda*
- 16 Una brizna de nieve, *Porfirio Hernández*


También la noche es claridad (1984-2015)

Poemas recientes

- 27 El pozo 
- 28 Señales 
- 29 Sí, yo adentraba...
- 30 Y el que vivía en paz... 
- 31 Estancias 
- 32 Verano
- 33 El pirul 
- 34 *Spoon river* 
- 35 Poemas para un cuerpo
- 35 I. De las amplias potestades del aire... 

De El amor incluso (2011)


En los dulcÍsimos misterios

43 Abrasados 44 Semántica y cocina 45 Septiembre 

46 Mesa de noche


47 Testigos

48 Retrato

49 El mar 

50 Interiores

50 I. Estoy en ti como una roja arteria...


51 II. Crezco en la dulcÍsima misericordia de tu sexo... 

52 La historia más contada

53 Al pie de las murallas

54 Grutas 

55 Parte de guerra

56 Sueño 


58 Destrezas

59 Antonieta

60 Cielo de los ausentes

61 Reconvenir

62 Mitológicas

63 *Pizzicato* 

64 El día de la resurrección 🔊

65 Adán

De *Legiones* (2004)

71 Alcíbadés 🔊

73 Flavia

74 Bucólicas

75 Historias romanas I

76 Lidia

77 Lares 🔊

78 Rufilo en su diario

79 Flavio y la desesperanza

81 Apolonio el viejo

82 Pájaro con muchacha 🔊

83 Lucrecia en su diario

84 Clodia 🔊

85 Gineceo

86 Codicia

87 Antologías

88 Ripio

89 Sísifo

90 Esfinge 🔊

91 Argonautas 🔊

92 Epitafio

93 Leoncio, el escribano

- 94 Apócrifo ateniense 🔊
- 96 Historias romanas II 🔊
- 98 Hetaira
- 99 Naturaleza de lo invisible
- 100 *Dura lex* 🔊
- 101 El viejo argentario se lamenta
- 102 *Vanitas* 🔊
- 103 Troyanas
- 105 Teseo
- 106 Extranjeros
- 107 Centinela
- 108 Declaración de parte
- 109 Odiseo
- 111 Gorriones
- 112 Céfiros 🔊




De *En señal del cuerpo* (1998)

Abalorios

- 119 A la sombra del Eclesiastés 🔊
- 120 Holgarse con los pies hundidos en el agua... 🔊
- 121 *Todas las cosas dan fastidio...*
- 122 Por eso hoy me he quedado en cama... 🔊
- 123 Al otro lado de la puerta oigo a mis hijas...
- 124 Has llegado hasta aquí. Hasta este día...
- 125 *Anda, come con alegría tu pan...*

- 126 El cometa 
- 127 Fortuna
- 128 Paisaje nocturno
- 129 Hijos
- 130 Claroscuro 
- 131 Don Trini 
- 133 Gorrión
- 134 Abalorios

Ropa de cama

- 139 Poscoital 
- 140 Reconozco el ardor febril de tus rodillas... 
- 141 Ahora todo es lento...
- 142 Cuerpo a cuerpo 
- 143 Nocturnos para Desdémona
- 143 I. Acataré la estricta disciplina...
- 144 II. Adivino en el aire el pasado anestesiado...
- 144 III. Cómo guardarte aquí...
- 145 Asedios
- 145 I. Trazo rozando apenas tu cuerpo estremecido...
- 146 II. Toros en brama, enardecidos búfalos...
- 148 III. Y soy entonces, vívidamente...
- 147 Reincidencias

Adherencias

- 151 Rumor de noche
152 Epistolar ◀»
153 Distintas direcciones
154 Estragos ◀»
155 Hoy nos sorprende el año atizando un fogón...
157 Verano
158 Adherencias
159 Saldos

De *Peleas* (1988)

- 165 Zanjados ya, el tren nos pasa encima... ▶»
166 Nos entume la borrasca...
167 No puedo contra ti...
168 Nos sostienen aquí... ◀»
169 Miro cómo el azolve se espesa entre los dos...
170 Mientras el otro duerme...
171 Me entristecen ...
172 Cuando él abre la puerta, ya está ahí...
173 En esas noches de armas...
174 Hundido en la trinchera espero, zozobran...
175 Rabio de ciegos leones intragables...
176 Tizne y carbones quedan de la casa...
177 Mala comida y vinos agrios...

Auto de fe

- 181 Te alumbraron, conmigo, alhajas y azafranes...
182 Hoy que regresa otra vez conmigo...
183 Ni el frío...
184 Raídos terciopelos, gasas...
185 Me miro desde afuera...
186 Que nada te consuele...

Té de canela

- 189 Las volutas voltaicas, las jambas dóricas...
190 Aéreo paredón de fusilados...
191 Vegetalmente atormentada, ciega...
192 Cuando el corno desata el vocerío...
193 Ebrio y engallado centinela...
195 Melancolía ◀»
196 Tortuga alcoholizada, llega con los pies...
197 Incienso y laurel garantizan su exorcismo...
198 Casablanca

Calamar

- 203 Calamar
204 Se nos ha ido otra vez la noche en blanco...
205 Hecho de nudos, embalado...

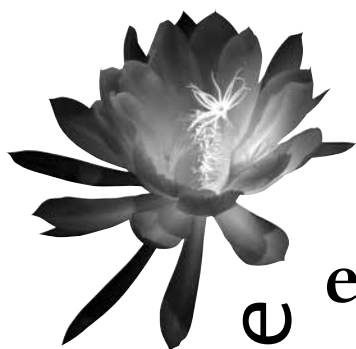
De *Río subterráneo* (1991)

- 209 Crónicas de fin del mundo
209 I. Tengo un pulmón...
209 II. Hay otras formas de vivir...
210 Cacerías
211 Cocina para solitarios

De *La mordedura del caimán* (1984)

El descenso

- 219 La caída
219 I. Pausados pacientes, cuerpos que confunde...
220 II. También descienden los amantes...
222 III. Los ojos abismándose en la duda...
223 IV. Escucho lo que digo...
224 V. (La alegoría)
225 VI. Caer hasta la piedra...
226 VII. Arena y polvo mientras caigo...
227 VIII. El agua es un espejo recurrente...
228 IX. La mañana es azul...
229 X. Es un regusto a sal, a flores machacadas...
230 XI. Perdí el camino, el hilo que trasciende...
231 XII. Y dudo entonces, alma mía...
232 XIII. No verme caer mientras la planta desata el nudo...
233 Sisifo ◀»
235 Bibliografía



también
la noche

es claridad

de Félix Suárez, se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Armando Rodríguez Rodríguez, ubicados en Avenida 519 núm. 199, en San Juan de Aragón, primera sección, delegación Gustavo A. Madero, C.P. 07969, en México, D.F. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela, David Kimura, Cristóbal Henestrosa y Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Claudia Piña Juárez. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Cristina Baca Zapata, Gustavo A. Guerrero Rodríguez y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.

